

¿QUÉ ROL LE CORRESPONDERÍA A LA UNIVERSIDAD DE CHILE EN UN CONTEXTO DE GRANDES Y PROFUNDOS CAMBIOS EN NUESTRO PAÍS Y EL MUNDO?

La Universidad de Chile, inmerso en un proceso de grandes cambios políticos, económicos, sociales y culturales, tanto en nuestro país como en el mundo entero, se encuentra frente a una serie de inéditos desafíos que inevitablemente conducirán a una interesante y urgente discusión acerca de nuestro futuro. Empezando por lo macro: ¿Nos conduciremos hacia un mundo más humano, a merced de las nuevas tecnologías, o nos espera uno deshumanizado como 1984 o *Un Mundo Feliz*? ¿Nuestras sociedades seguirán complejizándose hasta un punto en que el pensamiento crítico, la creatividad y los valores humanísticos quedarán enterrados como el fracaso de una “Modernidad” que habría terminado mordiéndose la cola? ¿O seremos capaces de encaminar nuestros saberes y nuestra experiencia, en lo más hondo de nuestro sentir humano, hacia sociedades que sean sustentables y desarrolladas en lo ético, moral, emocional y sentimental, y no solo en lo económico o lo técnico? ¿Será ello posible en una sociedad donde la solidaridad intergeneracional se ha ido perdiendo de vista, en virtud de una cultura que traslada la “capitalización individual” hacia otros ámbitos, más inmateriales, de la vida?

Y ante este estado de cosas, ¿qué posición le corresponderá asumir a la Universidad? ¿Volcarse hacia el conocimiento puro, conceptual y abstracto? ¿O una universidad comprometida con la realidad y la práctica? ¿Y con qué realidad y cuál práctica? ¿Y si la realidad es disonante con el desarrollo humano? ¿Qué postura deberíamos adoptar ante las presiones del actual proceso de globalización, que nos empuja hacia una Cuarta Revolución Industrial y, con ella, todos los temores de alienación y deshumanización que nos transmitieran la literatura y los medios de comunicación en la década de los sesenta?

Estas preguntas resultarían ciertamente paradójicas en un país como Chile, donde las ciencias básicas no encuentran el reconocimiento ni la expresión en lo laboral y social, si es que de la Cuarta Revolución Industrial se trata. Ni mucho menos se presenta algún diálogo entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, ambos grupos enclaustrados aun hoy día, ya en pleno siglo XXI, como perfectos desconocidos. Nuestra educación formal aún nos instruye, desde la cuna, para ser científicos o humanistas. Pero... ¿qué gran matemático podría usar sus herramientas de lógica sin dotarse de capacidad verbal? ¿Qué sociólogo podría expresar ideas con claridad, si se encuentra desprovisto de una estructura sistemática -y en cierto modo, *matemática*- de pensamiento? ¿Qué sería de la actividad científica sin creatividad ni curiosidad, sin avidez por el deseo de hacer preguntas, de interrogar al mundo, pero, por sobre todas las cosas, de *interrogarse a uno mismo*? Porque, aun con todo el desarrollo científico y tecnológico del que la humanidad puede sentirse totalmente orgullosa, sin embargo siguen en pie diversos problemas que se asemejan a los de la Edad Media e incluso la Antigua Grecia: ¿Cómo resolver los problemas sociales derivados de la concentración del poder político y económico? ¿Cómo crear o formar u organizar (no da lo mismo el verbo que se ocupe aquí) una sociedad que no nos termine devorando? ¿Qué haremos cuando la tecnología se interne en la piel de cada ser humano, por medio de *chips* y otros artefactos? ¿Qué rol le cabría a la universidad -a las universidades- entonces?

Estas interrogantes, que entrarían en el ámbito de lo ético, no son las únicas, sin embargo, que se podrían formular cuando hablamos de la Universidad y el rol -¿o los roles?- que debería adoptar, como institución. Estamos reflexionando en torno a la Universidad, en un momento histórico donde reivindicamos el valor de la Diversidad. Universidad, Diversidad... ¿sólo un juego de palabras? ¿O es una nueva realidad de la que se pueden derivar ciertas implicancias?

En el marco de la Reforma Educacional, emprendida por la segunda administración Bachelet, y en virtud de la implementación de la gratuidad para estudiantes con dificultades económicas para ingresar a la educación superior, podemos apreciar cómo ellas y ellos realizan grandes esfuerzos para mantenerse en un campo educativo que les es totalmente nuevo, siendo con frecuencia la primera persona en su entorno familiar que se embarca en una carrera profesional, por lo que no cuenta con alguna experiencia transmisible de su padre y/o su madre y/o hermanas o hermanos en el ámbito universitario. Esta condición les imposibilita para obtener una contención de tipo emocional y afectivo cuando se enfrentan a las duras batallas académicas que generaciones universitarias anteriores sí podían asimilar (al menos desde los años sesenta). Además, las y los estudiantes de quienes hablamos, suelen vivir en un entorno social complicado, situación que se dificulta aún más en virtud de la pandemia. Todo aquello no deja de ser más que una nueva manifestación de la desigualdad, y de cómo esta sigue siendo tan difícil de abordar.

En redes sociales se suele afirmar que “la casa es para educar y la escuela para impartir conocimientos”. Por lo tanto, “los alumnos deben venir educados desde casa”. Sin embargo, ¿las sociedades han funcionado alguna vez con tal grado de diferenciación funcional? ¿Acaso las familias son sistemas cerrados y autosuficientes, sin influencias del resto de la sociedad? Para muchas y muchos estudiantes, el sistema educacional es una estructura que les permite enfrentar, o incluso aliviar, diversas situaciones de conflicto que se viven al interior de los hogares. Por este motivo, no valoran los centros educativos tan sólo como fuentes de instrucción y conocimientos formales, sino también como espacios de interacción social, donde la expresión y desarrollo en lo emocional y afectivo, en un nivel de horizontalidad, no es una cuestión menor. Este es uno de los aspectos que más resaltan ante un desgraciado suceso como la pandemia, que nos obliga a confinarnos en nuestros hogares -si acaso contamos con los medios para poder hacerlo.

Por lo tanto, es claro que la escuela educa, y educa también la universidad, tanto en conocimientos profesionales como en lo que atañe a los valores éticos y humanísticos. Pero... ¿deberá ocuparse también de los aspectos afectivos y emocionales de nuestras y nuestros estudiantes? ¿Una academia que los y las acompañe, y no sólo les instruya e imparta *saberes*? Esta interrogante es la que, seguramente, estará presente en muchos y muchas académicas. La realidad de las y los jóvenes de hoy, no es la misma de la del siglo veinte. Es una nueva realidad que resulta difícil de asimilar -y asumir- para quienes hemos sido los “hijos del rigor”; en cambio, calificamos despectivamente de *millennials* a quienes simplemente se comportan en los estudios, el trabajo e incluso su vida de pareja, en función de una sociedad que no deja de cambiar, por mucho que nos hagamos ilusiones de lo contrario, confundiendo la estabilidad con la “estaticidad”. En fin, se trata de un proceso paulatino de evolución social que los de la “Generación X”, sencillamente, no supimos leer. Y hoy día, esos cambios sociales nos revientan en la cara.

Detrás de todo lo comentado, una importante implicancia es que las universidades, y en especial la Universidad de Chile, se enfrentará a un proceso, que puede ser complejo, de redefinición de las relaciones entre académicos, funcionarios y estudiantes; pero, sobre todo, entre estudiantes y académicos. Después de todo, lo que se requiere en estos tiempos de cambios acelerados, e incluso de transformaciones profundas, es un estudiantado que se encuentre habilitado para reflexionar, imaginar e impulsar su creatividad; no tan sólo que memorice datos y fórmulas o cite autores y libros. Sin embargo, ese nuevo perfil de estudiante implicará un nuevo perfil de académico, que, en el fondo, refleje una nueva sociedad frente a la que estamos a punto de abandonar, la que enfatizaba la estabilidad y el orden. El nuevo perfil de académico deberá ser abierto a los cambios sociales, imaginativo y con capacidad de ofrecer propuestas de resolución de nuestros numerosos problemas sociales, tecnológicos, culturales, políticos y económicos. Ello requiere una capacidad de integración entre diversas disciplinas y campos del conocimiento, además de pensamiento crítico, visión de conjunto y sensibilidad frente a los problemas fundamentales de la existencia en nuestro siglo. Sin duda, se trata de un desafío bastante grande con pocos medios, y sin contar con el arrastre de una serie de frustraciones vividas por docentes, investigadores, profesionales, artistas e intelectuales a lo largo de muchos años.

Es por ello que resulta imprescindible que la Universidad de Chile se involucre -y nos involucremos- en la formación de un nuevo Pacto Social democrático, que nos habilite a todos a participar y construir un nuevo país, con todos sus desafíos y con una formación centrada en lo que antiguamente se denominaba “servicio a la comunidad”; aquello que nuestro biólogo chileno, Humberto Maturana, llama “legitimidad del otro como legítimo otro en la convivencia”. Por supuesto, ese proceso de legitimación debe comenzar partiendo por cada uno de nosotros mismos, en forma activa, consciente y participativa.

Autor: Daniel Cavada Robles, sociólogo y magíster en Ciencia Política U. de Chile